

LUCES Y SOMBRAS DE LOS *WOMEN AND GENDER STUDIES* EN EL CAMPO DE LOS ESTUDIOS CLÁSICOS*

Comenzaré tratando de aclarar el objeto y la denominación de la teoría feminista, no sin antes dar un rápido vistazo a la historia general del feminismo moderno, para acabar señalando una serie de objeciones críticas a las que, a mi juicio, se ha hecho acreedora en los últimos años la teoría feminista, englobada a menudo en la corriente de los *gender studies*, y ello tanto en su aplicación al campo de los Estudios Clásicos como en general en el de las Humanidades y las Ciencias Sociales, aun cuando los ejemplos que ofrezco pertenezcan en su mayor parte al primero.

La teoría feminista es, ante todo y por definición, una teoría crítica de la sociedad. Como es sabido, la emergencia a finales de los años sesenta de un movimiento feminista organizado, que luchaba por conseguir la igualdad entre ambos sexos partiendo de la constatación de la existencia de una discriminación hacia las mujeres que se plasmaba en todos los ámbitos de la vida cotidiana, tanto públicos como privados, permitió denunciar determinadas situaciones de discriminación (laboral, jurídica, etc.) y exigir a las instituciones soluciones políticas a las mismas. Durante la década de los setenta el auge de los movimientos feministas occidentales contribuyó a crear la conciencia social de que existía una serie de problemas que afectaban especialmente a las mujeres, y algunos de ellos fueron paliados mediante la aprobación de distintas leyes sobre, por ejemplo, la interrupción voluntaria del embarazo, el divorcio, etc. Al mismo tiempo que se conseguían estas victorias políticas parciales que permitían mejorar las condiciones de vida material de numerosas mujeres, los problemas identificados por el movimiento feminista daban pie a la elaboración de análisis teóricos relevantes para las ciencias sociales. El incremento del número de mujeres que trabajaban en el terreno de la antropología, la filosofía, la sociología, la historia o la filología, y la conciencia derivada del impacto social del movimiento feminista, las decidieron a incidir en sus respectivas disciplinas mediante la construcción teórica y metodológica de un nuevo objeto de estudio: las mujeres. Esta opción obligó a revisar críticamente los fundamentos epistemológicos de estas disciplinas, a denunciar el androcentrismo inherente a las mismas y a dotarlas de un conjunto de categorías analíticas que sirvieran para interpretar la realidad social de las mujeres. Como resultado de esta coyuntura en la que interactúan el interés político por transformar la situación social de las mujeres, y el interés científico por desarrollar investigaciones desde un marco teórico feminista, se empiezan a publicar estudios individuales y colectivos en los que se abordan diferentes problemáticas, desde perspectivas de análisis plurales.

Debemos señalar, sin embargo, que el término “feminista”, al menos en el terreno de los estudios clásicos, plantea bastantes problemas, porque no es monolítico: por ejemplo, autoras como Froma Zeitlin o Marilyn Skinner se definen a sí mismas como feministas, y sin embargo son atacadas por feministas como Amy Richlin por su deuda inte-

* El presente trabajo es fruto de la ampliación de una serie de notas de lectura que expuse en la Mesa Redonda “Crítica feminista y estudios clásicos”, celebrada el 9 de julio de 2001 en la Biblioteca Jesús Delgado Valhondo, de Mérida, dentro del curso “Los clásicos y la postmodernidad: el legado clásico ante el tercer milenio”, organizado por la Universidad de Extremadura. Desde aquí quiero dar las gracias a sus directores, los profesores Gabriel Laguna y Manuel Sanz, por su buen hacer en las tareas organizativas del curso y por su amable hospitalidad.

lectual con el construccionismo sexual de Foucault. En esta línea terminológica, antes que “feminismo” o “crítica feminista”, con frecuencia se prefiere utilizar, sobre todo en el mundo anglosajón, la expresión “estudios de género” (*gender studies*), que suena más inocua y menos agresiva hacia los hombres, aunque en la práctica sea a veces lo mismo que “feminist studies”. El feminismo, pues, parece haberse integrado en el campo más amplio y abierto, supuestamente más neutro (aunque no sea así habitualmente), de los “gender studies”. Pero, como apunta Shelby Brown, tanto los “feminist studies” como los “gender studies” pueden encontrarse citados por los estudiosos de la antigüedad en formas enfrentadas, como signos positivos de una adecuada apertura de mente o bien como símbolos de corrientes negativas, que tratan de socavar el *status quo* poniendo en cuestión los fundamentos de la disciplina¹.

En el campo de los estudios clásicos, la teoría feminista, influida por los desarrollos postestructuralistas y postmodernistas de otras disciplinas humanísticas, se ha ocupado preferentemente de estudiar los roles femeninos y las relaciones de género en la sociedad antigua, pero mostrando al mismo tiempo un deseo, más o menos explícito, de ver el mundo desde otra perspectiva. Esta perspectiva, como ha señalado la misma Shelby Brown, es obviamente femenina, pero enfatiza también el punto de vista de grupos considerados como marginales o *outsiders* de la cultura oficial, planteando la cuestión de quién define las normas en la sociedad y de cómo esas definiciones afectan a aquéllos que no tienen el poder. Generalmente, su objetivo es combatir un determinado punto de vista centrado en el “macho” (normalmente blanco y europeo o anglo-americano), lo que a veces ha sido visto como una práctica agresiva y anti-sistema. Sin embargo, en su intento de ver la antigüedad con nuevos ojos, raramente ha sido objetivo de las feministas la simple inversión del *status quo*. Más bien, uno de los objetivos del feminismo, también en el campo de los estudios clásicos, ha sido el de mirar la antigüedad en su conjunto desde la perspectiva de sus muchos y diversos actores, y no sólo desde la del hombre (blanco y heterosexual).

Sin duda ninguna, fue el libro de Sarah Pomeroy, *Diosas, ramerías, esposas y esclavas*, publicado en 1975, el que hizo ver la necesidad y sentó las bases de los estudios sobre la mujer en la antigüedad, que ha llegado a convertirse en un subcampo o disciplina nueva dentro de la *Altertumswissenschaft*. Los numerosos trabajos que le siguieron se centraron tanto en la recopilación de testimonios sobre la vida de las mujeres y su papel en la sociedad antigua, incluyendo los datos de la literatura, la arqueología y el arte, como, en un segundo momento, en los análisis teóricos del concepto de género y en la evaluación de las estrategias metodológicas. Finalmente, en los noventa, surgió un enorme interés por el estudio de las complejas relaciones sociales, sexuales y de género tal como las testimonian la literatura, el arte y la cultura material. Actualmente abundan (en libros, artículos, conferencias, internet) los estudios sobre mujer, sexo y género en la antigüedad, prueba de que la filología (y la historia, el arte, etc.) feminista se ha introducido profundamente en la investigación académica tradicional.

Otro terreno estrechamente relacionado con éste y en el que también la crítica feminista ha influido positivamente es el de los *gay and lesbian studies*. No vamos a entrar en profundidad en él, aunque sí señalaremos la controversia entre los teóricos de la libe-

¹ Véanse, en este sentido, las reseñas tan radicalmente distintas que libros como *Roman Sexualities*, editado por J. Hallet y M. Skinner (Princeton, 1997), o *Looking at Lovemaking*, de J. Clarke (Berkeley, 1998), han recibido por parte de los estudiosos, por ejemplo las de Craig A. Williams (*BMCR*, 98.10.16) o D. Montserrat (*CR*, 1999, 49.1) frente a la de D. Gourevitch (*AC*, 1999, 68).

ración gay y las feministas radicales, centrada en la relación entre sexualidad y género y en la aceptación de las llamadas prácticas sexuales minoritarias, si bien en el ámbito de los estudios clásicos, más que centrarse en la cuestión del sexo como algo peligroso o placentero, lo ha hecho a menudo en cuestiones que tienen que ver con la construcción del conocimiento académico y su plasmación en la actividad política.

En efecto, quienes se han ocupado de investigar el pasado desde esta perspectiva (que han sido muchos, especialmente desde la aparición del libro de Dover, *Greek Homosexuality*, en 1978) han intentado a menudo obtener beneficios políticos, en el sentido de que una demostración de que la sociedad antigua (y de modo especial la sociedad griega) permitía e incluso, en ciertos casos, alentaba el contacto homosexual, aunque fuera circunscrito a determinados usos y costumbres, puede contrarrestar las proclamaciones dogmáticas de que la homosexualidad es en todo momento y lugar contraria a la ley humana y divina. La profesora Skinner ha señalado la importancia de esto en un momento (finales de la década de los ochenta, principios de los noventa) en que las fuerzas conservadoras, especialmente en los Estados Unidos pero también en otros países, desarrollaban una ofensiva de estigmatización sexual contra los grupos afectados por el sida. En efecto, el hecho de que la Grecia clásica ocupe un lugar arquetípico en nuestra cultura occidental la hace, desde esta perspectiva foucaultiana, una privilegiada fuente de contra-ejemplos históricos. De este modo, las prácticas sexuales griegas llegan a ser, primero, un modelo para probar la validez de normas convencionales de conducta sexual humana y luego un instrumento de modificación cognitiva.

La explosión del interés por la homosexualidad en particular y en general por los sistemas sexuales de la antigüedad, que tuvo sin duda como desencadenante la aparición de los vols. 2 y 3 de la *Historia de la sexualidad* de Foucault, se hizo totalmente evidente, al menos en el ámbito anglosajón, en 1990, sobre todo con los *Cien años de homosexualidad* de David Halperin y con *Las coacciones del deseo* de John J. Winkler². Para Skinner, estos autores representan perfectamente la apropiación de la historia cultural grecorromana como una estrategia para subvertir nociones recibidas de identidad sexual (siempre desde “a politicized gay male position”). Aunque ambos tratan en principio del mundo griego antiguo, se enfrentan a los esquemas sexuales que informan la sociedad capitalista contemporánea. En oposición a las pretensiones esencialistas de que las categorías sexuales están biológicamente determinadas y son objetivamente reales e inmutables, Halperin y Winkler aducen los protocolos exóticos, aparentemente “no naturales”, de la Atenas clásica como confirmación de la hipótesis foucaultiana de que las subjetividades sexuales son un producto de la cultura y se construyen a través de la interacción social.

Lo cierto, en fin, es que uno no puede más que mostrarse a favor de estas corrientes de la crítica moderna y aplaudir sus aciertos y logros en su aplicación al estudio de los clásicos, tanto por lo que respecta a la relectura de las fuentes como a la crítica y replanteamiento de los enfoques tradicionales y a la apertura de nuevas perspectivas. No obstante, también hay que reconocer sus errores o puntos débiles, entre los que, aparte de pecados veniales como la exacerbación de lo políticamente correcto o la ampulosa verbosidad, destacan, en mi opinión, los siguientes:

² Aunque ese mismo año hubo otras publicaciones importantes en este terreno, como el volumen colectivo *Before Sexuality*, editado por Halperin, Winkler y Zeitlin, o el número especial de la revista *Differences* dedicado a “Sexuality in Greek and Roman Society”, editado por Konstan y Nussbaum

1.- **Aplicación “militante” de la teoría feminista**, lo que suele conllevar una escasa objetividad. A Gourevitch, por ejemplo, en su reseña antes citada, le parece poco menos que deshonoroso el hecho de que un historiador confunda historia y política. La historia de la sexualidad, dice este autor, está particularmente comprometida con la lucha a favor de la homosexualidad, pero no es trabajo del historiador dictar a sus contemporáneos la adopción de ésta o aquella conducta sexual. Dicho de otro modo, el interés por formas alternativas de comportamiento no debe llevar a convertir éstas en una especie de normas o ejes conductuales. A Gourevitch, además, no le parece posible ser a la vez homosexual militante e historiador, y encuentra en estas personas una pasión política, quizás en ciertos casos subversiva, pero en general (y más prosaicamente) enfocada a hacer carrera en el feminismo y la homosexualidad (gay o lesbiana) universitarios, especialmente en los Estados Unidos. La cuestión, en realidad, estriba en el uso que deba hacerse del pasado en sí: ¿las reconstrucciones históricas son un medio de conocimiento del pasado, de acción política en el presente, o ambas cosas?

2.- **Defensa de una “empatía metodológica”** que hace que el sujeto que investiga coincida con el investigado, porque “únicamente el objeto de conocimiento puede ser su sujeto”. Es decir, sólo las mujeres pueden entender a las mujeres, y por supuesto sólo las mujeres homosexuales pueden entender a las mujeres homosexuales, tal como defendía Pastre en su libro sobre la homosexualidad femenina en la Grecia antigua. Estrechamente relacionado con este ejemplo está el de Tina Pisman, quien, en su artículo para el volumen colectivo *Feminist Theory and the Classics*, habla de los peligros de la “hostilidad horizontal”, esto es que una mujer critique los planteamientos y posiciones teóricas de otra mujer, lo que para ella no es más que “hacerle el juego al patriarcado”.

3.- **Defensa del esencialismo frente al constructivismo social**, una cuestión que estriba en la consideración que ha de darse al dimorfismo heterosexual, y a las estructuras patriarcales basadas en ese dimorfismo, como características uniformes y perennes de tales sistemas, antiguos y modernos. En este debate, una autora como Richlin se opone al constructivismo social porque niega la base biológica original de la asimetría de género: “Si aceptamos que no existe eso de masculino o femenino, entonces ¿cómo explicamos los crímenes regularmente cometidos por hombres contra mujeres?”. Sin embargo, como apunta Skinner, las implicaciones de esta crítica pueden ser profundamente perjudiciales para el feminismo: “Al asignar causalidad ontológica a las categorías “masculino” y “femenino”, Richlin queda aprisionada en un universo platónico en el que una disjunción conceptual puede ser responsable de fenómenos materiales. Si la opresión física tiene sus raíces en la polaridad genérica, entonces, por inferencia, todos los hombres (y sólo los hombres) oprimen a todas las mujeres (y sólo a las mujeres) siempre, lo que es un evidente absurdo. Si el postestructuralismo puede ser acusado de no tener en cuenta el género, la formulación de Richlin amenaza con dejar de lado la raza, la clase o la opción sexual como categorías de opresión”.

4.- **Creación de una ortodoxia feminista**. Como ya hemos dicho, la producción bibliográfica sobre la mujer en la Antigüedad ha crecido de manera exponencial en las últimas tres décadas y, a pesar de la calidad e importancia de muchos de estos trabajos, ha habido sin embargo un buen número de investigaciones tendenciosas y “militantes” que han contribuido a la difusión y mantenimiento de una serie de ideas distorsionadas que circulan actualmente como “received wisdom” respecto a las mujeres de la Antigüedad. Una de estas ideas dominantes es, por ejemplo, la que se refiere al tema de la reclusión femenina en la Grecia antigua. Como señala Thornton, “la típica idea feminis-

ta de las mujeres griegas como esclavas recluidas, a pesar de venir acompañada de afirmaciones de atrevida revisión de la ortodoxia sexista, ha sido ella misma la ortodoxia desde el siglo XIX”. Esta visión de la mujer griega está presente en libros como los de Pomeroy (las mujeres griegas, encerradas en casa en oscuras habitaciones, “estaban normalmente recluidas para que no pudieran ser vistas por hombres que no fueran de la familia”) o Cantarella (las mujeres “estaban encerradas en lo más interno de las casas, allí donde los hombres no tenían acceso”, sus vidas estaban “vacías” y “privadas de intereses y gratificaciones”, y estaban “excluidas del amor, que encontraba su más alta expresión en las relaciones entre hombres”), a pesar de la usual objetividad y perspicacia de estas autoras en el análisis de las fuentes y en otros aspectos, y alcanza su expresión más extrema en el libro de Eva Keuls, según la cual las mujeres griegas, víctimas de un “phallic ethos”, pasan sus vidas “envueltas en sus mantos, innominadas, ocultando su identidad, apartadas y escondidas en el oscuro interior de sus cerradas casas”. Las limitaciones de esta interpretación, que constituye en sí una tradición feminista, puede verlas cualquiera que lea a Aristófanes, y no solo por lo que respecta a la participación de las mujeres en las numerosas fiestas celebradas a lo largo del año griego, sino en general en la vida cotidiana, donde la figura femenina aparece dibujada con trazos no tan oscuros como estas autoras hacen suponer.

Bibliografía citada

- S. BROWN, “‘Ways of Seeing’ Women in Antiquity: an Introduction to Feminism in Classical Archaeology and Ancient Art History”, en A. O. Koloski-Ostrow – C. L. Lyons (eds.), *Naked Truths. Women, Sexuality, and Gender in Classical Art and Archaeology*, Londres-Nueva York, 1997, pp. 12-42.
- E. CANTARELLA, *L’ambiguo malanno. Condizione e immagine della donna nell’antichità greca e romana*, Roma, 1981 (trad. esp., Madrid 1991).
- J. R. CLARKE, *Looking at Lovemaking*, Berkeley, 1998.
- K. J. DOVER, *Greek Homosexuality*, Londres, 1978 (2ª ed., Cambridge, MA, 1989).
- M. FOUCAULT, *Histoire de la sexualité. 2. L’usage des plaisirs*, París, 1976 (trad. esp., Madrid 1987).
- ID., *Histoire de la sexualité. 3. Le souci de soi*, París, 1984 (trad. esp., Madrid 1987).
- D. GOUREVITCH, “La sexualité de l’Antiquité. Essai à propos de publications récentes”, *AC*, 68 (1999) 331-4.
- J. P. HALLET – M. B. SKINNER (eds.), *Roman Sexualities*, Princeton, 1997.
- D. M. HALPERIN, *One Hundred Years of Homosexuality and other Essays on Greek Love*, Nueva York-Londres, 1989.
- D. M. HALPERIN – J. J. WINKLER – F. I. ZEITLIN (eds.), *Before Sexuality. The Construction of Erotic Experience in Ancient Greek World*, Princeton, 1990.
- E. C. KEULS, *The Reign of the Phallus*, Nueva York, 1985 (2ª ed. ampliada, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1993).
- D. KONSTAN – M. NUSSBAUM (eds.), *Sexuality in Greek and Roman Society* (número especial de la revista *Differences*, 2.1, 1990).
- P. LARMOUR – C. PLATTER (eds.), *Rethinking Sexuality: Foucault and Classical Antiquity*, Princeton, 1998.
- G. PASTRE, *Athenes et “le peril saphique”. Homosexualité féminine en Grèce ancienne*, París, 1987.
- S. B. POMEROY, *Goddesses, Whores, Wives and Slaves: Women in Classical Antiquity*, Nueva York, 1975 (trad. esp., Madrid, 1987).
- N. S. RABINOWITZ – A. RICHLIN (eds.), *Feminist Theory and the Classics*, Nueva York, 1993.
- A. RICHLIN, “Zeus and Metis: Foucault, Feminism, Classics”, *Helios*, 18 (1991) 160-180.
- M. B. SKINNER, “Zeus and Leda: The Sexuality Wars in Contemporary Classical Scholarship”, *Thamyris*, 3.1 (1996) 103-123.
- B. S. THORNTON, *Eros. The Myth of Ancient Greek Sexuality*, 1997.
- J. J. WINKLER, *The constraints of desire. The anthropology of sex and gender in ancient Greece*, Nueva York-Londres, 1990 (trad. esp., Buenos Aires, 1994).